

CARACCIOLO PARRA PÉREZ

Tema: Conceptos sobre la Historia.

5 de julio de 1960

*Señor Director,*

*Señores Académicos:*

El largo tiempo que he tardado en venir a ocupar el sillón a que se me llamó, en época ya lejana si tomamos en cuenta lo vertiginoso de los días contemporáneos, aumenta si cabe mi turbación ante vuestra benevolencia y me impone el deber de empezar mi discurso de agradecimiento por una entera confesión de culpabilidad, acompañada, no obstante, con la súplica de considerar al menos, en mi caso, algunas circunstancias atenuantes. Valga sobre todo la mayor de éstas o sea mi constante ausencia física de Caracas, motivada por imposiciones del servicio diplomático que hasta hace poco absorbió mi vida, para explicar en gran parte mi retraso y temperar el rigor de vuestro fallo.

Aumenta singularmente la gratitud que os debo el hecho de que hayáis decidido recibirme en la solemne sesión que la Academia consagra a conmemorar con el 5 de Julio los fastos magnos de la República.

Silla tres veces insigne ésta que me habéis concedido, porque fueron mis antecesores en ella tres hombres de relevante mérito en las letras venezolanas. Felipe Tejera, el primero, uno de los fundadores de la Academia, dejó en las humanidades huella luminosa y subrayó con su obra personal y eminente los títulos de un apellido célebre. Manuel Díaz Rodríguez, el segundo, alcanzó dilatada fama entre los escritores del Continente y tiene en Venezuela la de ser el más refinado de los estilistas. En sus ensayos y novelas elevó al grado mayor el arte de escribir y a nadie se conoce que en nuestro país le haya aventajado en riqueza de expresión ni en destreza para ornar de piedras preciosas la estupenda tela de la prosa castellana. Luis Alberto Sucre, el tercero, distinguióse por la solidez de su obra, por la inteligente perseverancia con que prosiguió su labor, que puede considerarse como

una de las que han contribuido más eficazmente a restablecer el criterio de la continuidad efectiva de todas las etapas recorridas por el pueblo venezolano en su evolución histórica. La costumbre, y también en la presente ocasión el cumplimiento de un deseo afectuoso, exigen que sea a este último de mis predecesores que dedique el elogio académico.

Luis Alberto Sucre perteneció a esa notable familia oriental que desde el alba del siglo XVIII comenzó a rendir señalados servicios a la Provincia y cuyos anales se ilustran en forma imperecedera con el solo nombre del Mariscal. Tal nombre es en nuestra historia como el imprescindible complemento del de Bolívar cuando se quiere significar cuánto tiene de pura y cristalina la gloria de la patria. En interesante monografía y por un rasgo de plausible orgullo, el erudito colega mostró el tejido genealógico que juntara los ascendientes de aquéllos, preparando con los lazos de la sangre los de cariño y mutua admiración que debían unir al hombre de genio y al insigne capitán y conducirlos en estrecha correlación hasta coronar la epopeya con el áureo resplandor de Ayacucho. Tuvo don Luis Alberto otros antepasados que le dejaron asimismo legado de patriotismo y grandes lecciones de austeridad y de nítida honradez en el servicio público: fue su abuelo materno Diego Bautista Urbaneja, y sábase que pocos hay de nuestros próceres civiles que puedan emular con éste en inteligencia múltiple, en cultura humanística, en devoción a la libertad y en la férrea constancia con que defendió la causa de la Independencia.

Las virtudes ancestrales fueron como el espejo en el cual se miró siempre el señor Sucre, durante el curso de una vida pulcra y ejemplar. Su cultura histórica y literaria iba al par con el ansia del trabajo útil; y el hallazgo del documento inédito procuróle tanto provecho como el diestro manejo y el enlace de los datos ya conocidos. Cultivó la heráldica; dio a la disciplina genealógica el precio que merece y que ciertos espíritus afectan desdeñar; y, sobre todo, estudió en su mejor libro: *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*, así como en su interesante discurso sobre los Municipios, el período colonial, cuya importancia resalta por fin, desde hace algunos años, para quienes se ocupan en determinar con verdadero entendimiento de la historia social y política, el nacimiento y la formación original de la nacionalidad venezolana.

No es, en efecto, aquel libro del señor Sucre simple enumeración cronológica de los gobernadores enviados por el Rey a estas provincias, sino antes bien el cuadro propicio de cuantos estudios se han hecho en las últimas décadas y se intenten en el porvenir sobre la constitución española de la Capitanía y su desarrollo hasta la hora de la independencia y de la fundación de la República. En ello estriba el mérito especial de la obra, y acaso pudiera decirse que a partir de su aparición la historia de la colonia precipitó entre nosotros su salida de la esfera puramente anecdótica y pintoresca, y principió por otra parte a desteñirse del color arrebatado que por necesidad y motivos obvios le imprimió la Revolución.

Otros trabajos, que pueden leerse en periódicos y revistas, particularmente en el *Boletín* de la Academia, precisaron más y más la vocación del señor Sucre hacia la ciencia y la erudición históricas, demostrando siempre con ellos su acuciosidad escrupulosa y la inteligencia del documento sin la cual es vano el esfuerzo del investigador y la obra viene a terminar en compilación informe e indigesta.

Director del Museo Bolivariano, cargo en cuyo ejercicio murió, ya octogenario, y que desempeñaba al mismo tiempo que el de bibliotecario de la Academia, el señor Sucre dio allí pruebas de sus cualidades de organizador y presentó en grueso volumen el catálogo de las riquezas del Museo. En ambas instituciones la desaparición del noble servidor del país y de sus letras dejó un vacío difícil de llenar, y fue por ello, Señores Académicos, que tanto estimé la honra de ser llamado a sucederle, si no a reemplazarlo, entre vosotros.

Desde la fecha en que fui elegido me he preguntado más de una vez si la circunstancia de escribir libros sobre temas históricos es suficiente para ser calificado de historiador y si no es demasiado generosa la distinción que se me otorga al admitírseme como tal en el seno de vuestra Corporación. Porque ¿a quién es lícito titular historiador, y qué es, en realidad, la historia? Fontenelle afirmaba que sólo los filósofos deberían escribir ésta; y para Renan no puede hacerlo quien no sea filólogo. El viejo romanista Ortolan decía que todo historiador ha de ser jurisconsulto, y viceversa; para él, la autoridad es el texto.

"Ante todo, dadme un texto", ordena por su parte Fustel de Coulanges. Mas otros profesores de la Sorbona reaccionan contra esta célebre demanda, conforme lo piden

sus obligaciones de estado y porque juzgan que "una ciencia tan compleja como la historia, en la cual es necesario acumular hechos por millones antes de poder formular una conclusión, no puede fundarse en un perpetuo recomenzar". Y agregan Langlois y Seignobos: "No se hace la construcción histórica, como no se escribe la historia con manuscritos, y por la misma razón que es razón de tiempo. Para hacer avanzar la ciencia es menester combinar los resultados obtenidos por innumerables trabajos de detalle." Bajo aparente y sólo en parte sana lógica, estos dos maestros incurren entonces en una especie de petición de principio, porque es evidente que si dichos trabajos de detalle no se fundan en documentos carecen de valor. En cuanto a las obras publicadas que el historiador sintético utiliza de segunda mano, ¿qué resulta de ellas, por ejemplo, cuando revisándolas con ayuda de nuevos datos aparece que son total o parcialmente falsas? Quiérase o no, la historia sí se basa en un recomenzar perpetuo y está siempre sujeta a transformación.

Sea lo que fuere y por contradictorio que en muchas ocasiones se revele el testimonio de los doctos individuos que escriben la historia, es evidente que puede invocarse con alguna ritualidad el juicio al menos provisional de ésta, tratando de comprenderla. Comprender la historia significa ver cómo el presente surge del desarrollo del pasado. De allí su importancia y de que, con mira al porvenir y de acuerdo con sugestión que quiero apropiarme, no deba tomársela como mero enunciado de hechos aislados sino más bien como tendencia hacia fines ideales.

Ardua es siempre la tarea del historiador, quien las más de las veces aporta conclusiones o incertidumbres que contentan difícilmente a críticos y lectores. Si discute de los hechos y consigna sin vacilar lo que de ellos piensa, al contrario de algún otro, se expone a que lo digan polemista; si no entra en debate y apenas describe y apunta, relégaselo a la categoría de simple narrador, que se juzga secundaria aunque sea Herodoto su ejemplo más atendible. La razón de esto es que, en rigor, se trata de deslindar nociones que por su naturaleza misma tienden a confundirse o a compenetrarse, a intrincar de tal modo sus fronteras que el topógrafo más perito arriesga perder en la jornada su latín.

Una voz muy autorizada en el campo de la literatura nacional calificó de principalmente polémico alguno de mis libros de historia. No lo negué entonces con

excesiva vehemencia, ni tampoco lo niego ahora; mas alego en mi descargo que, bien miradas las cosas, la historia es polémica continua si por esta última se entiende, como es debido, la ventilación de hechos que se aspira a dejar averiguados. El diccionario enseña que polémica es el arte que trata del ataque y defensa de las plazas, ¿y cómo cumpliría el historiador el cometido que le atribuyen si no defiende la plaza fuerte de su verdad, o ataca resueltamente la que a su entender encierra el error ajeno? Polémica es controversia dice también el diccionario ¿y no es acaso la historia controversia inacabable sobre materias en fermentación y sujetas, como cualesquiera otras de índole semejante, a las mutaciones que determina el hecho nuevo o la nueva sagaz interpretación del hecho conocido?

Buscar la verdad es derecho y credo de todo hombre libre, dice Bacon. El derecho se convierte en deber cuando se especula con la materia histórica. Pero como es tan difícil hallar en ésta la verdad, habremos casi siempre de contentarnos con solicitar la verosimilitud. ¿Qué es la verdad? La cuestión es vieja como el mundo y Pilatos la planteó a Jesucristo mismo. Por fortuna, no están obligados los historiadores a preocuparse por la verdad absoluta del procurador de Judea, y pueden, en cambio, ensayar, concertarse sobre ciertas verdades menores por mucho que éstas sean apenas errores rectificables. San Agustín abrió camino a la aplicación de la relatividad cuando, al examinar la facultad que puede tener el demonio de prever y anunciar el porvenir, como lo hacían los oráculos y pitonisas, distinguió muy bien esa facultad de “la verdad la más verdadera” que Dios concede a sus elegidos.

Todo ello no obsta para que el historiador se decida por alguna verdad y la haga suya, aunque sólo fuese obrando según el criterio de comodidad a que con frecuencia recurren los matemáticos. Porque nada hay, en efecto, más incómodo que quedarse en el trance del viejo y el mozo con el borrico de que habla *El Conde Lucanor*: o monta uno de ellos, o montan ambos, o ambos se apean, puesto que es imposible seguir a la vez los consejos contradictorios de todos los pasantes.

Sin embargo de cuanto aquí asiento, y por paradoja nada rara en los escritores, he querido generalmente dar a mi obra de historia carácter de escueta narración, desde luego por sistema pero también arrastrado por la corriente de facilidad a que

solemos abandonarnos los nacidos en el trópico. No siempre quienes laboran ocho o diez horas diarias son menos perezosos que los que pasan su día en ver correr las horas. Y quizá por tal segundo motivo he escogido como especialidad en estos asuntos el no tener ninguna, sin defenderme mucho contra la natural tendencia de tocar un poco a varios temas. Lo que quiere decir que en tan amplio espacio no he sido en realidad capaz para adjudicarme alguna pequeña parcela y cultivada con la necesaria intensidad, como tampoco para perforar lo bastante profundo mi pozo personal y extraer un agua a la cual poder asignar cualidades peculiares. Curioso de los actos del ser humano y de los fenómenos políticos cualesquiera que sean el lugar y la época en que se hubieren manifestado, no he logrado, pues, ser un especialista a pesar de esta era moderna toda llena de compartimientos y separaciones.

Existe para las obras teatrales una regla inflexible de unidad en la acción, que evita complicaciones inútiles y mantiene vivo el interés del auditorio por el protagonista de la pieza. Regla de observancia imperativa, sobre todo en lo concerniente al poema épico. Y cítase en su apoyo el caso de cierta gran señora a quien se pidiera opinión sobre la tragedia de Corneille *La Muerte de Pompeyo*. Sin hesitación respondió la dama: "Hay allí demasiados héroes", por lo cual, según ella, impedíase al espectador considerar en su merecida grandeza al principal de todos.

La historia, por el contrario, no está sujeta a tal norma de simplicidad, ni a seguir la línea recta y exclusiva que llevaría a sintetizarla en la hazaña y esfuerzo de un solo hombre. Un héroe basta y sobra para escribir el poema; muchos héroes permiten escribir la historia. Porque mientras mayor es el número de éstos, más se acerca la última a la substancial complejidad cuyo desenredo puede conducir a la comprensión justa del hecho y de su causa. Terreno peligroso éste, en que me guardaré de ir más lejos aquí, no sin repulsar desde luego el criterio de los parciales de Marx, jansenistas ateos que, al dar su explicación privativa de la evolución histórica, matan con desenfado el libre albedrío individual en aras de no sé qué gracia colectiva, tan decisiva por lo menos como la alabada gracia eficaz.

Esto nos lleva a considerar la noción de héroe y a extenderla más allá del usual dominio puramente militar. La acción de ciertos personajes y su consecuencia sobre el destino de los pueblos se estima en razón del resultado permanente, que muchas

veces excede del buen o mal éxito de sus campañas y aún puede registrarse independientemente de éstas o en su completa ausencia. No todos los epónimos debieron su nombre al brillo de un triunfo en la batalla. E incompleta visión habríamos asimismo del Libertador, por ejemplo, si sólo le tuviésemos por el vencedor de Carabobo y de Junín. Análoga reflexión inspiran los hombres del 19 de Abril y del verdaderamente admirable Congreso de 1811, cuya memoria evocan hoy Venezuela y América.

Durante la desordenada época de nuestras primeras querellas intestinas, el cívico Vargas pronunció una palabra profunda que parece haber pasado inadvertida ante la perspicacia de sus biógrafos. Venezuela, exclamaba aquel ciudadano devoto de las instituciones y ajeno por entero al prestigio del uniforme, Venezuela ha menester "enderezar la marcha tortuosa de los héroes". Volvía Vargas a su país libertado por el esfuerzo de quienes a costa de quince años de porfiada lucha y de extraordinarios sacrificios, legaban a la patria, con la independencia, la memoria de una epopeya rutilante. Pero el sabio extraviado contra su recóndito querer en los meandros de la política, si bien planteaba en forma epigráfica el tremendo problema a que nuestros pueblos americanos esperan todavía dar solución satisfactoria, perdía quizá de vista esa noción a que aludí y que autoriza para pensar que si todos los soldados no son héroes, hay héroes soldados como también héroes ciudadanos. Así, y complementando la varguiana fórmula, sepamos que para enderezar la marcha tortuosa de los unos es necesario seguir la marcha recta de los otros.

Fue heroico el Congreso federal, y en la hora solemne en que Venezuela recapitula siglo y medio de vida independiente y lee sus jugosas lecciones, comencemos nuestro examen de conciencia por el estudio sereno de la obra de aquél, matriz de la República, y, acallando la fácil crítica que ve entre sus miembros a algunos ideólogos, digamos con certidumbre que todos fueron idealistas. Porque esos diputados supieron crear el ideal de la Revolución y sobre el cimiento de la independencia probaron a alzar la libertad, meta al parecer inalcanzable hasta ahora para la mayoría de nuestras naciones, estrujadas sin cesar entre la revuelta tumultuosa y la fatal tiranía; la libertad, que los próceres de la Primera República proclamaron y que Bolívar peleó por salvar de la llama de la guerra y de todas las

fuerzas deletéreas que la guerra desatara al romperse, por la ley imperativa del proceso histórico, el equilibrio social de la Colonia.

Necesario es meditar los discursos y escritos de los congresistas para introducirse, a través de los matices y a veces de típicas diferencias de criterio, en el fondo mismo del fenómeno revolucionario y sentir cómo a todos aquéllos preocupaba, con la irreductible condición de dissociarse de España, el propósito de fundar un régimen que garantizase el ejercicio de los derechos del ser humano, en el respeto de los principios que la democracia declaraba y declara como insustituible, es decir, de la igualdad ante la ley, de la seguridad frente a eventuales abusos del poder público, de la propiedad como fruto del trabajo individual, del libre uso de la palabra y del escrito, de la facultad en fin, de concurrir a la constitución del gobierno por medio del sufragio electoral. Nada dijeron entonces los venezolanos sobre estas materias que no estuviera ya consignado en códigos extranjeros; pero sí ganaron el innegable privilegio de formularlo en términos que vinieron luego a tener, sobre el mérito de crear recio precedente, el de ser adaptables, en último análisis, al espíritu y a las circunstancias muy diversas de nuestra América.

Para observadores superficiales y más dados a contemplar la corteza que el alma viva del tallo, los ciento cincuenta años de tanteo, sangriento casi siempre y no exento en ocasiones de ribetes de opereta, que ha vivido el pueblo venezolano, serían la prueba palpable y decisiva del malogro de cuanto tentaron en el campo constitucional y jurídico los héroes del año oncenio. Difícil nos es compartir tal opinión cuando pensamos que nuestras guerras y convulsiones tuvieron siempre su origen real en las ideas que aquéllos arrojaron a manos llenas en el hambriento y sediento surco del suelo nacional, y jamás aparecieron, bajo máscaras diferentes y con tremenda carga de ambiciones y codicias, sino como el combate, informe pero esperanzado y pertinaz, por la conquista de la libertad.

Siempre fue para mí motivo de extrañeza ver cómo en la tradicional celebración del 5 de julio los discursos encomiásticos se desvían indefectiblemente hacia el clamoroso recuento de la gesta militar que colmó la época subsiguiente, sin que los oradores insistan como sería debido en la importancia propia y primordial de la actuación de los próceres que formularon, en la Declaración y en otros documentos



de primer orden aquel ideario del movimiento separatista. Ello se debe acaso al hecho de que esa gesta fue en América de proporciones extraordinarias, aguanta toda comparación y compone para el pueblo venezolano y los demás que a su lado combatieron bajo la espada de Bolívar portentoso ejemplo de virtud guerrera. Una vez y en razón del cargo oficial que entonces desempeñaba, tocóme guiar en su visita al Panteón al general Peñaranda, Presidente de Bolivia; y como le fuese leyendo y explicando los numerosos nombres inscritos en el suelo que pisábamos aquel soldado que había probado su coraje batiéndose por su patria, asíome del brazo y díjome con incontenible emoción: "¿Cuál pueblo sino el suyo, Señor Ministro, podría ofrecer este cuadro? Aquí se camina sobre la gloria".

Pero al Libertador y a sus lugartenientes cupo realizar en ardiente lidia la obra planeada por los miembros del Congreso federal y que éstos habían imaginado ser fácil e incruenta. La Independencia es un bloque indivisible. No entiende su contextura ni la filosofía histórica y política que representa quien se ciña a estudiar una sola de sus fases. Es aquí donde entra en juego el criterio del heroísmo plural, del heroísmo de los muchos a que acabo de referirme y que en fin de cuentas constituye aún más que el fondo de la tela histórica la esencia misma de la historia.

Cuando los componentes de la Junta de Abril reivindicaron el derecho de las provincias venezolanas a instituir un gobierno autónomo no se redujeron, para justificar su actitud, a denunciar el accidente, por otra parte decisivo, de la acefalia de la corona y de la orfandad de los pueblos, sino que también enunciaron, con ayuda de sólidos argumentos de derecho político e invocando al propio tiempo las leyes de la mecánica social, los fundamentos doctrinales y la teoría entera de la Revolución. Un año más tarde, el Congreso dio forma constitucional a aquellos principios y, al proclamar la independencia absoluta, plantó a la nación venezolana frente a su metrópoli y puso a ésta ante el dilema de la paz o de la guerra.

Mientras tanto, y debido en mucha parte al impulso dado en Venezuela al pensamiento por la separación, extendías e a toda la América hispana el sacudimiento revolucionario, cundía la insurrección armada y en todos nuestros futuros Estados se preparaba con sangre y con dialéctica, el establecimiento republicano dentro del cual cada uno de ellos quería guardar, y guardaría celosamente, sus

características particulares y el noble signo de su personalidad. Cuál fue en ese vasto movimiento continental la influencia efectiva de las ideas venezolanas compendiadas en las instituciones de 1811 y pregonadas por nuestros publicistas durante el período de la Primera República, es tema fecundo que halláis tratado con ciencia y talento en varios de los estudios que ha suscitado la actual conmemoración.

Para nuestros compatriotas, especialmente, importa como digo comprobar la unidad de su empresa por la independencia y la libertad, cuyos primeros síntomas se manifestaron realmente en la tentativa de formar una junta que hicieron los notables caraqueños en 1808, al saber la sublevación de la Península contra los invasores franceses, y cuyo remate se alcanzó con la toma de Puerto Cabello en 1823. En aquel ciclo de tres lustros nuestra nación cumplió estupendas proezas militares y produjo hombres de palabra y de pluma que nada tuvieron que envidiar de los más elevados de todo el disuelto imperio. Fue el milagro venezolano, completo y rotundo. Bolívar, en la cima, crea a Colombia, liberta al Perú, funda a Bolivia, y entonces, según frases lapidarias del gran argentino Alvear, tiene en sus manos la espada de América y encarna la conciencia nacional del Continente.